

La histeria de angustia: sobre un tipo particular de erótica y lenguaje

Sebastián T. Plut  
(1997) en Actualidad Psicológica, N° 250.

*“Y bien; si ustedes quieren, abandonen el intento;  
pero si lo quieren de otro modo, pueden proseguir  
camino conmigo” (S. Freud).*

*“Mi madre me contaba cuentos de animales  
que se alejaban de la madriguera, corrían peligro y,  
luego de penosas dificultades volvían a la madriguera  
y a la seguridad” (A. Bioy Casares).*

En este trabajo desarrollaré algunas líneas interpretativas sobre el material clínico correspondiente a diversos pacientes a quienes podríamos ubicar, al menos por algunos de sus fragmentos anímicos, en la categoría histeria de angustia. En particular, me referiré al tipo de erotismo en juego, al menos hegemónico, esto es, la fijación al erotismo uretral. Asimismo, destacaré las modalidades que adquiere en sus formas expresivas, es decir, cuando la pulsión se transmuta en lenguaje.

La propuesta, entonces, consiste en: a) delimitar una metodología psicoanalítica para la investigación y el diagnóstico; b) destacar la significatividad del erotismo uretral y su modo de expresión y c) presentar relatos clínicos y su comprensión.

### Metodología algorítmica

Esta metodología de investigación en psicoanálisis permite por un lado, realizar conjeturas sobre la subjetividad de un paciente y, por otro, el ordenamiento de las manifestaciones de aquel, formalizar los denominados observables. Un problema particular será, por lo tanto, definir cuales son los observables y el criterio que utilizamos para su identificación y agrupamiento. Si nos referimos a las palabras que utiliza un sujeto determinado, necesitamos saber cuales son las palabras representativas de su subjetividad, o sea, aquellas que adquieren una peculiar significatividad. Ello también nos permitirá realizar estudios de conjunto, es decir, agrupar manifestaciones de diversos pacientes y establecer afinidades y diferencias. Tales regularidades es pertinente estudiarlas, también, comparando materiales clínicos, textos literarios, escenas cinematográficas u obras pictóricas.

La posibilidad de reunir textos tan heterogéneos (como un cuadro y el relato de un paciente, por ejemplo) está dada por la elección de un parámetro que permita distinguir lo común y lo diferente entre los textos escogidos. El parámetro que usamos es el denominado lenguaje del erotismo, término con el que aludimos al modo en que se expresan las erogeneidades descriptas por Freud.

La metodología a la que estamos aludiendo refiere a los modelos algorítmicos, “*con el objetivo de plasmar en una serie de fórmulas las mallas verbales*” (Maldavsky; *Sobre las ciencias de la subjetividad*). El método algorítmico considera no tanto la estadística respecto de tal o cual término (o sea la frecuencia con que aparece) sino los criterios para la reunión de un grupo de ellos a la manera de una red expresiva que dota de significatividad al conjunto. El problema que estamos planteando implica no solo la comprensión del caso singular, sino además el pasaje a la generalización toda vez que el camino que va de lo individual a lo general no carece de dificultades y controversias. Un capítulo distinto de la epistemología psicoanalítica lo constituye el problema inverso: el uso que el analista hace de una teoría general para el análisis de un caso individual.

En síntesis, podemos señalar que nuestras investigaciones implican el recorte de las palabras o conjuntos de ellas que resulten significativas y, además, hallar los distintos modos en que estas pueden ser proferidas.

Ya he señalado que me ocuparé del erotismo uretral y, en particular, del tipo de manifestaciones que se producen (tipos de historias, de personajes, de tiempos, de espacios, de valores) cuando dicha voluptuosidad se traduce en el yo como lenguaje (cuando el proceso voluptuoso queda transmutado en conquista psíquica y no en estallido orgánico).

### El erotismo uretral y su lenguaje

Cuando estudiamos el discurso de pacientes fóbicos, desde la perspectiva descripta sucintamente en los párrafos previos, advertimos un conjunto de escenas comunes: por ejemplo, la aparición de un objeto de deseo perteneciente a un modelo hostil al sujeto, rasgo que dificulta tanto el acercamiento como la posterior penetración en él. El rasgo de hostilidad del objeto recién mencionado tiene dos características: la prohibición de acercamiento o contacto con él y la marca del otro, rival del sujeto, en su interior. Todo intento de aproximarse al objeto se tiñe de angustia por esta marca de ajenidad que posee, por lo cual surge como alternativa refugiarse en la rutina, como evitación de la angustia que promueve la proximidad al objeto.

El yo, por lo tanto, en su fantasía ocupa la siguiente posición: un aventurero que en cada situación debe decidir entre sostener su deseo o el retorno a la seguridad de las posiciones narcisistas. La aventura en la que el yo se compromete puede desarrollarse en distintos terrenos: amoroso, cognitivo y/o ético. El tipo de deseo al que estamos haciendo referencia es específicamente un deseo ambicioso y la fantasía concomitante puede adquirir dos modalidades: la ambición que se propone alcanzar conocimientos, fuerza física o bienes materiales como imagen de la propia potencia, o bien el deseo ambicioso que es capaz de comprometer esta imagen. En el terreno cognitivo particularmente, hallamos cierta similitud con el planteo de Bachelard cuando este distingue los investigadores según prevalezca el instinto formativo, que privilegia las preguntas a las respuestas y es capaz de contradecir un conocimiento adquirido anteriormente (conoce en contra de un conocimiento anterior), o bien predomine el instinto conservativo. Este último supone que el investigador se propone conservar sus ideas más allá de las investigaciones y elimina los interrogantes como fuente del conocimiento (su conocimiento, dice Bachelard, adquiere un “concreto psicológico”).

Me interesa resaltar el tipo de espacialidad que queda delimitada: la rutina y la aventura, que se distinguen según aquello que el yo se disponga a conmovier con sus interrogantes.

Este conjunto de escenas, descritas de un modo desordenado, pueden articularse y formalizarse más específicamente a partir de comprenderlas como expresión de las fantasías primordiales. Maldavsky (1995) propone distinguir en el análisis de los relatos una secuencia de cinco momentos: dos estados (uno inicial y otro terminal) y tres transformaciones intermedias. El estado inicial corresponde a lo ya dado, estado en el que existe un cierto equilibrio. El estado final comprende la consecuencia de las transformaciones intermedias. La primera transformación corresponde al surgimiento de una tensión, un deseo, que quiebra la “paz” del estado inicial. La segunda transformación, resultante de la primera, supone el intento de restaurar el equilibrio. Finalmente, la tercera transformación, corresponde al resultado de dicho intento, luego de lo cual surge el estado final.

Esta secuencia, que se articula con la hipótesis freudiana de las fantasías primordiales, se expresa de un modo particular en cada paciente según sea el lenguaje del erotismo del que se trate. De acuerdo con la temática a la que nos estamos refiriendo, el lenguaje del erotismo fálico-uretral, podemos distinguir la secuencia recién descrita de la siguiente manera: el estado inicial se presenta como el estado de rutina, el surgimiento de la tensión como la aparición de un deseo ambicioso en un sujeto determinado. El intento de consumación de este deseo implica que tomemos en cuenta la característica del objeto de este deseo. Se trata de un objeto atractivo y a la vez enigmático, que, como ya hemos dicho, está rodeado por una prohibición de acercamiento, contacto y penetración. Justamente la realización de este deseo supone la penetración en el espacio prohibido, luego de lo cual se produce un hallazgo, el develamiento del enigma que hemos mencionado. Este develamiento ya corresponde a la consecuencia del cumplimiento del deseo y consiste en descubrir que el objeto tiene la marca de su origen, origen hostil hacia quien lo anhela. La consecuencia de ello, por lo tanto, es que el sujeto también se advierte marcado de un modo equiparable al objeto.

Podemos presentar el siguiente esquema:

Estado inicial	Rutina
Surgimiento de la tensión	Despertar de un deseo ambicioso
Intento de consumación	Penetración en un objeto atractivo, prohibido y enigmático
Consecuencia	Develamiento del enigma: el objeto posee su marca de origen
Estado final	Apertura interrogativa

La secuencia expresada y sus transformaciones, por lo tanto, suponen un pasaje de un estado de rutina a la apertura a la aventura de los interrogantes. Asimismo, en este camino del estado inicial (rutina) al estado final (apertura interrogativa), en cada uno de sus momentos se presenta una alternativa: la posibilidad de concretar el pasaje al momento posterior o el retorno al estado anterior. Con ello queremos decir que la opción es entre hacerse cargo del deseo ambicioso o permanecer en la rutina. Del mismo modo si el sujeto elige hacerse cargo de su deseo, puede concretarlo o no, y así sucesivamente. El acceso a un momento posterior implica, por lo tanto, haber elegido la alternativa positiva previa, mientras que la negativa obstruye el proceso de decisiones.

En síntesis, el sistema se presenta como un encadenamiento en la toma de decisiones, cuya opción afirmativa conduce a un compromiso subjetivo creciente, y su negativa, por el contrario, pone de manifiesto que se ha evitado el camino de la profundización.

En cuanto a los verbos que adquieren relevancia cuando predomina este tipo de lenguaje del erotismo también podemos distinguirlos según la secuencia antes descrita:

Estado inicial	Rutina	“Quedarse”, “mostrarse”, “alardear”, “humillar”, “no atreverse”, etc..
Surgimiento de la tensión (fantasía de seducción)	Despertar de un deseo ambicioso	“salir”, “angustiar”, “ver”, “preguntarse”, “cortarse”, “desconfiar”, “creer”, etc..
Intento de consumación (escena primaria)	Penetración en un objeto atractivo, prohibido y enigmático	“entrar”, “penetrar”, “marcar”, “influir”, “herir”, “cortar”, etc..
Consecuencia (fantasía de castración)	Develamiento del enigma: el objeto posee su marca de origen El sujeto recibe la marca (que expresa el origen simbólico)	“ser herido”, “contagiado”, “cortado”, “descubrir”, “inferir”, etc..
Estado final	Apertura interrogativa	El estado final puede coincidir con el estado inicial de rutina disfrazado de ostentación de un logro, o bien llevar a proyectos caracterizados por el descompletamiento y la falta de cierre.

## Ariel

Ariel es un niño de 12 años, quien consulta con su madre por la incontinencia urinaria (diurna y nocturna) que aquel padecía.

En una de las primeras sesiones Ariel refiere miedos a la oscuridad, “de que haya alguien, un ladrón. Son más locos esos tipos”. ¿Quiénes?, interrogo. “Los chorros”, responde”.

En la sesión siguiente su relato se ordenaba en torno de los peligros que entrañaba estar en la calle:

Ariel: Igual yo siento que estoy más seguro afuera que adentro de mi casa. A veces hay ruidos en el techo y yo pienso que hay alguien en la terraza.

Terapeuta: ¿Quién estaría en la terraza?

A: Un ladrón o un chorro.

T: ¿Qué puede hacer este chorro?

A: Es más por mi papá o mi hermano que quizás se enojan y agarran algo para pegarle.

T: O sea que para que tu papá no se enoje vos evitás que el chorro se le vaya encima.

A: Bueno, pero que sea un ladrón no un chorro, porque vos vas a querer que sea otro chorro.

En otra oportunidad (Plut; 1991) examiné detalladamente la relación entre erotismo uretral, enuresis y fuego, sobre la cual no me extenderé en esta ocasión. Solo mencionaré que en distintos trabajos Freud examinó el componente erótico inherente al orinarse así como su importancia en la prehistoria de los neuróticos. Destaquemos que el término “chorro” no es

solo una expresión denigratoria sino el nombre que designa el objeto de un goce pasivo vesical.

Por otro lado sabemos que una de las formas en que queda inaugurado el espacio exterior para el niño es a partir de la potencia de su chorro de orina. Cabe preguntarse, por lo tanto, sobre el modo en que se constituye este exterior. Una de las hipótesis de Freud es que la espacialidad es la proyección del carácter extenso del aparato psíquico. Este tipo de proyección no se corresponde con un mecanismo de defensa sino con una función estructurante en tanto configura una realidad para un yo.

En un dibujo que realizara Ariel, apenas iniciado el mismo lo interrumpe y opta por cambiar al otro lado de la hoja. La primera intención mostraba un terreno surcado por líneas rectas paralelas, una “pista”, pero el resultado final fue una pista circular (un camino que termina en el lugar donde comienza). Ambos dibujos presentan dos concepciones distintas del espacio. Las rectas paralelas no permiten pensar en la idea de girar mientras que las curvas denotan que no hay verdadero alejamiento ni espacios abiertos sino un eterno retorno. No hay una dirección hacia el exterior. Podemos diferenciar dos tipos de espacialidad: la de la rutina, el eterno retorno de lo mismo, y la de la aventura, el azar.

En el espacio de la rutina, el futuro y el exterior resultan organizados según la horma del pasado y lo interior. Inversamente, en la aventura es el futuro (que contiene lo incierto, el azar) y lo exterior lo que orienta al sujeto.

Hay una mutua implicación entre la rutina y la agorafobia en la que el sujeto resulta un apéndice de la figura materna. El padre de Ariel afirmaba: “si mi señora decide que Ariel no vaya más a tal lugar yo dejo que decida”. Respecto de la rutina señalemos que es una defensa ante lo siniestro y permite que el sujeto se perpetúe en una conducta autoerótica y sobre la agorafobia recordemos que Freud sostenía que esta delataba una “ambición defraudada”.

Ariel está cursando el séptimo grado de la escuela primaria y su madre señala que no está segura de “mandarlo a la secundaria el año próximo” alegando la incontinencia como explicación. El padre de Ariel, desarrolla sus actividades laborales durante largas jornadas, ausentándose en ocasiones del hogar durante varios días. Quedan así dos espacios diferenciados: uno exterior y otro interior, a partir del dominio paterno en el primero y una hegemonía materna en el segundo, más íntimo.

Un destino posible del erotismo consiste en una conquista anímica por un yo, cuyo resultado será una mudanza y transformación de la voluptuosidad en un conjunto de representaciones. Un recurso estilístico que a menudo encontramos en estos pacientes es el uso de los refranes. Estos proveen el beneficio de un conocimiento consabido frente a los interrogantes, con la consiguiente supresión de los mismos (como cuando se afirma “más vale malo conocido que bueno por conocer”). Precisamente cuando alguien afirma que “más vale conocido que bueno por conocer” quedan presentados dos espacios bien diferenciados: lo conocido y el espacio por conocer. El primero, materno e íntimo (como se advierte en la frase de Bioy Casares del epígrafe) y otro exterior regido por la legalidad paterna. División de un terreno donde la rutina se constituye como todo horizonte posible para el conocimiento más allá del cual todo queda excluido y descalificado (lugar de las incógnitas y los interrogantes). Este más allá es un espacio abierto que se cierne sobre el fóbico como un alud de interrogantes (insostenibles para él), sobre cuyo avance implica un desafío a la autoridad y protección de un padre nutricional. Recorro una vez más a Bioy Casares quien en un

relato autobiográfico que denominó *Aprendizaje* señalaba: “me encontré indefenso ante los interrogatorios y escarnios del profesor de álgebra”.

El preconciente expresa un conjunto de fantasías primordiales universales (vida intrauterina, seducción, escena primordial, castración) y lo hace con el lenguaje de un erotismo en particular. Ya hemos indicado que el lenguaje del erotismo uretral se expresa de la siguiente manera: un estado inicial de rutina en cuyo ámbito aparece un deseo (ambicioso), y un objeto (atractivo, enigmático y riesgoso) que sustrae al yo de dicho estado inicial de rutina. La escena primordial se presenta como la consumación del deseo ambicioso, con lo cual la prohibición de acercarse y penetrar ha sido superada. Finalmente la escena de castración implica que la incógnita se ha develado y con ella surge el dolor o displacer concomitante, en tanto la marca del objeto supone un modelo hostil al sujeto, una afrenta al narcisismo. El colofón de esta estructura es que todo acercamiento al objeto se colorea de angustia ante la ajenidad de ese otro espacio (que posee una marca hostil).

El intento de trasponer el límite que interdicta el acceso zanja una doble alternativa: el retorno al refugio de la rutina inicial o bien un nuevo encaje desiderativo en el que el yo se aventura en el sostén de los interrogantes. En las histerias de angustia el preconciente se estructura sobre la base de preguntas y refranes populares, términos entre los cuales existe una oposición ya que para evitar los interrogantes el fóbico apela a los refranes a los saberes conocidos. El yo quedará ubicado como un investigador, y Freud decía de Juanito “nuestro pequeño investigador”, que no sucumbe ante la incertidumbre o bien se inclinará a su oclusión, al consejo de un otro que le proporcione un futuro y un exterior superpuestos al pasado y lo interior.

Decía el padre de Ariel: “más que un padre soy un amigo. A mi hijo mayor lo aconsejo sobre el SIDA, que use profilácticos, que se higienice bien”. Hallamos como frase subyacente el refrán que indica que un padre que da consejos más que padre es un amigo y podríamos agregar que es mejor prevenir que curar frente a los riesgos del salir, en este caso el salir sexual y la penetración consecuente. El consejo paterno intenta volver previsible lo novedoso mostrando un exterior donde no haya lo nuevo. Cuando se intenta transformar el futuro y la realidad en una serie de acontecimientos todos ellos previsibles para hacerlos más soportables no se trata de la previsión derivada de juicios deductivos propios del pensamiento abstracto sino que aquello que se previene está en relación con algo ya ocurrido y que podría repetirse. De esta manera se erige una defensa ante el pensamiento abstracto para conservar una madre fálica que garantice el goce autoerótico, toda vez que aquel tipo de pensamiento cuestiona la falicidad materna e incluye a la madre en la categoría mujer. El goce autoerótico se propone detener el advenimiento del juicio de castración sobre la madre y que suscitaría el abandono de una teoría sexual tolerable, la premisa universal del pene. Si bien en las fobias no hallamos una absoluta ausencia de la categoría feminidad, sí aparece el cuestionamiento constante que compromete su estabilidad. Recordemos que frente al interrogante sobre la genitalidad materna Juanito recibía de su madre una respuesta por lo menos engañosa: ella también poseía un “hace-pipi”. Ubicarse en esta posición implica no reconocerse como miembro de una clase sujeto a una legalidad extrafamiliar que, entre otras consecuencias, impone el registro de la propia muerte. El padre de Ariel expresaba: “yo no digo que el mal de otros sea un consuelo, pero yo pienso por lo menos que mi hijo puede caminar”. Observamos que está tratando de refutar el refrán que dice “mal de muchos consuelo de tontos” y, a la vez, si bien el hijo puede caminar, no puede salir, no puede desplazarse más que en redondo, dando vueltas alrededor de su madre.

## Augusto

Augusto es un paciente que consultó a los 47 años, a partir de sus “problemas laborales y matrimoniales”. Los primeros remitían a su dificultad para “insertarse” profesionalmente mientras que los problemas matrimoniales derivaban de la ausencia de relaciones sexuales con su esposa, consecuencia según él de su eyaculación precoz. Presentaré brevemente este material clínico como ejemplo de lo que Liberman denominaba fobia a la penetración.

Dice Augusto: “Siempre es como que yo soy tranquilo, pero lo que pasa es que nadie se da cuenta de mis problemas”. Esta “tranquilidad” de la cual nos habla el paciente, es un tipo de valor que insistentemente aparece de distintas formas en la sesión, por ejemplo bajo la forma del dicho “no news, good news”. Decimos tipo de valor toda vez que se trata de un estado que se desea alcanzar y que pone en evidencia sus crisis de angustia y a la vez los intentos de evitación a partir del freno a sus deseos ambiciosos. Las novedades para Augusto eran lo opuesto de la tranquilidad.

En una sesión Augusto señala que quiere contar tres situaciones que para él “tienen relación”: la primera alude al club al que concurre y donde habitualmente se queda observando las chicas que le gustan. El fin de semana anterior había intentado “avanzar un poco más” y le dijo un piropo a una chica. “Después de eso no pude hablar más, sentí que se me había ido la mano, sentí que fui audacísimo”. Luego cuenta que ese mismo día su esposa lo dejó en la puerta del club y se fue a estacionar el auto: “cuando lo sacó, quiso meter la trompa en Libertador y una camioneta se la llevó por delante”. La tercer escena aludía a un encuentro en casa de unos amigos donde uno de ellos contó que tenía una fábrica que había crecido mucho luego de lo cual fundió. Sobre ello Augusto comentó que “tal vez se animaron demasiado”. Si bien cada una de estas situaciones posee sus propios matices, el punto de reunión de ellas remite a los riesgos del meterse o penetrar y sus consecuencias.

En otra sesión señala: “Mi cuñado dice de mí que yo no soy ni ducha fría ni ducha caliente, siempre soy ducha tibia”. Luego continúa: “no me gustan los conflictos, no me gusta reclamar, no me gustan las emociones fuertes, les tengo miedo”. Dejo de lado en esta ocasión la problemática ligada a la identificación femenina (“soy ducha tibia”) y destaco la articulación de esta posición con la tranquilidad a la que aludimos más arriba. Se trata de una jerarquización de los tonos medios, una atenuación de los contactos en la medida en que tibio surge de lo caliente atenuado con lo frío y viceversa. Del mismo modo Augusto sostenía que para demorar más su eyaculación prefería “coger con forro, así siento menos”, también como un intento de atenuar sus sensaciones. Para este paciente, “eyacular”, tenía el valor de acabar antes de tiempo en aquellas ocasiones en que su vivencia era que se metía en un territorio hostil.

Por último me interesa subrayar que la postura que subyace a la frase “no news, good news” es la de aquel que sostiene “non calentarum, largum vivirum”, adagio que, por otro lado, Augusto solía repetir poniendo de manifiesto actitud respecto de sus deseos ambiciosos.

## Carlos

Carlos es un paciente de Angeles Homps en quien también advertimos un tipo de estructura discursiva en la que las escenas se presentan como un encadenamiento en la toma de decisiones, cuya opción afirmativa conduce a un compromiso subjetivo creciente, y su negativa, por el contrario, pone de manifiesto que se ha evitado el camino de la profundización. En este caso, muy similar al de Augusto, insiste la opción negativa en el camino de la toma de decisiones. Tal vez un rasgo específico de Carlos sea que tal opción aparece bajo la forma retórica de la duda, no al modo de la cavilación obsesiva sino como parálisis en su decisión de avanzar.

Constantemente Carlos, un sujeto de 27 años, se preguntaba si continuar con el negocio de su padre o con su propia carrera profesional. Estas preguntas, no obstante, no conducían a una profundización en sus deseos sino a un freno en sus elecciones. “estoy paralizado, -decía-, solo observo”. “A mi novia le pido que me dé espacio, yo le marco la distancia, le pido por favor que no se meta”. “Es como si la rutina me hubiera devorado, no estoy en condiciones de generar nada nuevo”. “Yo abro puertas pero necesito mantener otras puertas cerradas”, “me cuesta insertarme, hago un paralelo con los caminos de la vida”.

Un tipo de verbo recurrente en Carlos es el que alude al “perdersé” (“me pierdo en el trayecto”, “me termino perdiendo”, “perder fuerzas lo relaciono con esto de perderme en el trayecto”), y encontramos algunos términos que poseen un cierto grado de parentesco como cuando señala “me salgo del libreto”. El “perdersé”, nombre de su angustia, es el efecto de cualquier avance en la toma de sus decisiones que, al mismo tiempo, lo orienta a retornar a lo conocido: “en el barrio, en el negocio, en lo familiar, estoy tranquilo”. Lo opuesto, la aventura según lo que desarrollamos al inicio de este trabajo, aparece cuando Carlos comentaba que “el otro día iba por la ruta hacia un congreso, es un paso que tengo que dar y no puedo entrar, me pierdo en el trayecto”.

#### Comentario final

He intentado mostrar brevemente como se presentan algunos relatos en cierto tipo de pacientes aunque cabe una aclaración. Los fragmentos presentados son por demás breves pues solo tienen como objetivo ilustrar ciertas posiciones frente a un tipo de deseo específico, el deseo ambicioso. No obstante su brevedad, las frases transcritas pueden ser examinadas desde otros puntos de vista complementarios, como la relación con un padre y el freno a la hostilidad, el problema de la muerte, el predominio del mecanismo proyectivo, etc., así como desde la articulación con distintas corrientes anímicas (aquellas derivadas de la erogeneidad anal primaria y la que hemos presentado, por ejemplo) ya en cada paciente en particular.

Las posiciones que advertimos antes los deseos ambiciosos pueden presentarse de distinta forma según sea el momento en que se advierta la detención o el avance en cada momento.